



VENDEDOR DE AVES

Oleo de Valenzuela Puelma

ZIG-ZAG

SEMANARIO NACIONAL

Santiago de Chile, 8 de diciembre de 1917



LA TERRIBLE PLAGA

PARA el viajero que visita nuestro país; para aquel que estudia nuestras costumbres; y, en fin, para aquel que sólo se detuviera un instante a mirarnos, indudablemente que la primera observación sería, lo eminentemente alcohólico que somos los chilenos.

Hasta hoy, siempre se ha dicho que uno de los grandes males de nuestro pueblo es el alcohol, en sus múltiples formas. Se han organizado Ligas contra esta plaga, y folletos de propaganda, conferencias, vistas cinematográficas y tantos otros medios, han sido insuficientes para detener la marcha implacable y rápida de los estragos causados por el alcohol.

Quisimos hace días observar más de cerca diversos caracteres alcohólicos. Llegamos primero a un bar del centro. Eran las 11½ de la mañana. En filas cerradas llegaban hasta él jóvenes, hombres de edad madura y van imberbes muchachuelos, que entraban a la cantina, más por aparentar ser hombres, que por el deseo del alcohol.

Es curioso observar en una cantina las diferentes clases de parroquianos.

Hay unos que precipitadamente



mente llegan hasta el mesón y piden con impaciencia ¡Una pilsener! La beben, pagan y se van.

Hay otros que van, por lo general, "a jugar un cacho". Entran con calma, explican cuidadosamente al mozo lo que desean y se dedican entonces por entero a su juego. Por lo general, de 4 que juegan cacho, sa-

len 3 culebreando, si no ebrios, por lo menos alegres.

Otros, que meditabundos, piden un ajenjo, y antes de habérselo concluido, piden otro y otro y otro, hasta que el mozo se da cuenta que ya está borracho; se llama un coche y a su casa. ¡Estos matan sus penas!

Y así, cada parroquiano bebe de un modo diferente, tanto que fácilmente podríamos decir: "Dime cómo bebes, te diré quién eres".

Repugnante es ver por esas calles centrales el triste cuadro de un borracho pendenciero y escandaloso, que saliendo de algún bar, dice palabrotas o bien galansterías llenas de deseo y groserías a toda mujer que pasa. Este cuadro sólo lo vemos en Chile. A un futre, todo le es permitido.

En cambio, el borracho puede ser un obrero. Este hombre, ha trabajado toda la semana, ha tenido que comer con excesiva pobreza, consuelos no ha podido encontrar en su hogar, porque la miseria y las enfermedades se han adueñado de él. Necesita ese enfermizo paz y distracciones. No sabe donde ir. Diversiones que puedan atraerle no tiene. La semana pasada,

se había bebido todo el jornal de la semana, y tuvo que empeñar algunas ropas. Como tantas otras veces, había prometido no volver a la cantina. Pero se encuentra solo, aislado, sin tener donde ir, y... cae en la tentación. Irá a conversar con sus amigos, tomará un solo traguito. En prueba de ello le dejará a su mujer casi todo el dinero. Va. Los amigos, ebrios ya, lo esperan. Beben. Los vapores del alcohol se van apoderando de su voluntad. ¡Qué imbecil ha sido! ¡dejarle el dinero a su mujer! Lo va a buscar. La pobre con lágrimas en los ojos trata de convencerlo. Es inútil. ¿No quieres? ¡Toma! Y la infeliz cae al suelo. El vuelve a la cantina. Uno de los más borrachos le lanza una pulla. El la contesta. Se insultan. Un bofetón.



dominado por el alcohol es una mujer.
 El hombre es pendenciero; la mujer lo es más. El hombre es relativamente dócil; la mujer es absolutamente rebelde. El hombre no es siempre escandaloso. La mujer, siempre. Jamás deja de proferir frases soeces. Insultos, groserías, manifestaciones horriblemente lúbricas, son propios de la mujer borracha.
 ¡Cuántas veces hemos presenciado el cuadro desconsolador de una mujer que tendida en el suelo resiste a cuatro o cinco guardianes, que son el blanco de sus insultos!...
 ¡Cómo ríe, inconsciente, la muchedumbre que se agrupa a su alrededor!...
 Y pobre de aquel que pretendiera intervenir. Si no se lanza sobre él y le rasguña y muerde,



Luego brilla un puñal. Los demás espectadores, borrachos ya, miran embobados la sangrienta escena. Luchan desesperadamente. Uno cae... El otro, de pie, puñal en mano observa a su contendor muerto. Huye a su casa. Su mujer, aún permanece aturdida, en el suelo. Llega la policía. La cárcel... el proceso... cinco años y un día.
 Este cuadro se repite todos los días. Ese hombre, si hubiera tenido alguna distracción verdadera, probablemente no habría ido a la cantina, y así se hubiera evitado un crimen...
 Pero si repugnante es ver un hombre borracho, el cuadro es horripilantemente aumentado si el



es porque el alcohol le ha dominado ya sus fuerzas.
 Hemos presenciado ya, querido lector, 3 cuadros horripilantes del alcohol. Tres efectos que, aunque diferentes en la forma, son idénticos en realidad.
 ¿Cómo combatir este mal? Dicen que es irremediable... Pero contra el hábito está la educación y en ella busquemos la solución. Eduquemos nuestro pueblo, y hagámosle que cultive el arte. En Cataluña no se bebe casi. ¿Por qué? Porque el pueblo es amante de la música, y se reúne semanalmente a tocar o cantar. ¿Por qué en Chile no ha de ser lo mismo? Ensayemos.